

## ANTE LA TUMBA DE ALLENDE

*Laura Soto González. Presidenta del Grupo de Estudios Constitucionales Valparaíso. Consejera de la Comisión Chilena de Derechos Humanos.*



Hace 10 años, el último Presidente Constitucional de Chile, Salvador Allende, murió defendiendo los grandes principios humanista. Desde entonces, su holocausto y el de su pueblo recorren los rincones del mundo.

La conciencia de la humanidad no ha cesado de asombrarse del horror y la impiedad, de la violencia y la astucia, de aquellos que han querido mutilar el alma y destruir la tierra.

De aquellos que, al amparo de un nuevo orden de cosas, fusilaron al padre, violentaron a la madre y torturaron al hijo.

De aquellos que, en ausencia de toda moral humana y divida, han optado por la injusticia y la mentira, blasfemando para ello, al invocar el nombre de Dios.

Durante 10 años ha sido imposible gozar de las estrellas y de la sonrisa de un niño porque, agazapados por la noche, han asaltado los hogares, destruyendo sus flores, matando de impresión a los ancianos, al apuntar las metralletas a los niños.

Análisis, Suplemento No. 3, Santiago, 1983

Hemos desesperado, el corazón oprimido, los ojos cegados porque ya no es posible admirar las colinas de esta patria, sin estremecerse y saber que allí, a cal y canto, agoniza eternamente un pequeño campesino de 16 años.

Y tantos otros, mujeres y hombres jóvenes, los mejores y más puros, entre cordillera y mar andan perdidos. Y manos temblorosas van esparciendo rocas, arenas y tierra, para ver si algún día, ellos germinan.

Y los otros, altivos e iracundos, que por luchar por la justicia andan a la deriva del mundo, llenando academias, minas, barcos y aviones, sintiendo cada día el desgarrar de la patria lejana y amada.

Y aquellos héroes de jornadas mejores, combatientes de ideas, soñadores de un mundo mejor, empalidecidos pero no vencidos, tras los muros terribles de las cárceles.

Y todos nosotros, que cada día hemos visto asesinar, torturar, envilecer, hemos vivido en el terror porque la persuasión no es posible.

Porque ausente de los medios, nos negamos a legitimar los homicidios, nos negamos a aceptar el horror y la injusticia.

Y a pesar del terror de la oscuridad, de los cuarteles se-

cretos, de la mirada última del fusilado, sabemos que triunfará el espíritu, haremos hablar a la sangre y a la altivez del pueblo para vencer la desvergüenza, el crimen y las sombras.

El corazón se nos oprime —es cierto— pero el dolor nos ha enseñado y valorado. Juntos, recomencemos la historia; así como a porfía, la rosa crece cada primavera, así esta primavera brotará nuestro coraje, y con ella la certidumbre de la victoria.

Todos estos jóvenes, mujeres, hombres, niños, ante tu tumba. Presidente, prometemos, juramos solemnemente luchar, porque vuelva el reino de la justicia, de la libertad, la paz y la fraternidad.

Nuestra obstinación y nuestra esperanza trascendente la basamos en el hombre, y el hombre, bien sabemos —como dice Camus— es esa fuerza que acaba por derribar tiranos y dioses.

Es la fuerza de la conciencia.

